



GALAXIA

Ciencia Ficción

CITA EN UN MUNDO PERDIDO

A BERTRAM CHANDLER

El suyo era un sueño que pocos cosmonautas lograban realizar. Alan Kemp era un obseso... impulsado por la realización de un sueño que debía tener lugar por entre el negro vacío interestelar.

En un arcaico navío de segunda mano, reconstruido, Kemp y sus tres camaradas despegaron... decididos a instalar una línea de comunicaciones entre los planetas del Borde de la Galaxia.

Pero los problemas —en forma de dos colonias perdidas, una de ellas habitada por gigantescos insectos mecánicos y la otra regida por los descendientes de un implacable pirata— les acosaron. La tripulación de Kemp comenzó a preguntarse: ¿hasta qué límite es capaz un hombre de sacrificar con el fin de realizar su sueño?

CITA EN UN MUNDO PERDIDO

Bertram Chandler

I

Cuando el sueño muere, ¿qué hay del soñador?

II

Era un sueño de Kemp, aunque en parte lo compartíamos. Era un sueño de Kemp, pero Jim Larsen participó de él y Dudley Hill, y yo mismo. Era un sueño que no es raro entre los hombres del espacio, especialmente entre tales hombres del espacio como los que efectúan su comercio lejos de las bien servidas y concurridas rutas de navegación. Era un sueño que muy pocos hombres del espacio han logrado hacer realidad.

Alan Kemp, cuando lo vi por primera vez, era primer oficial del viejo «Rimhound». Era un típico empleado de los Rim Runners, que como la mayor parte de nosotros en tal empleo, había servido en grandes navíos antes de salir al Rim. Contenía dignidad, casi una pomposidad de porte que no conjugaba con lo maltrecho de su uniforme o lo decrepito de su navío. Para el resto, en cuanto a lo demás de su persona, era un hombre corpulento, alto, de pelo gris y con los ojos azules tristes que parecen poseer siempre los hombres del espacio en las novelas, pero que en la realidad pocas veces tienen. Pero era, una vez se le conocía, una vez que uno trascendía más allá de su reserva, un buen compañero de navío y un buen amigo. De no haber sido así, el resto de nosotros jamás le habría acompañado en su aventura.

El viejo Jim Larsen era segundo ingeniero de motor interestelar del «Rimhound». Todos lo llamábamos «viejo Jim». Al conocerle por primera vez, la impresión de extre-

ma edad era lo que primero trascendía. Pero luego uno se daba cuenta de su viveza, su carácter despierto, de una, en cierto modo indestructible, juventud que asomaba desde detrás de sus ojos grises. Y esto hacía atento lo de su calva cabeza, lo de su cuerpo encorvado y su rostro arrugado.

Nadie sabía que edad tenía. Su certificado de primer ingeniero interestelar había sido plegado y desplegado tantísimas veces que la fecha de nacimiento escrita en el pedazo de pergamino quedaba ilegible. Se sospechaba de que esta fecha no era en nada parecida a la que utilizó cuando firmó los Artículos del navío. También, su certificado llevaba un endoso de motores Ehrenhaft, y los últimos navíos con motores Ehrenhaft, los carretones, fueron desguazados mucho antes de que yo naciese.

Dudley Hill era tercer oficial. Como Kemp, había servido en los grandes navíos de la Comisión de Transportes Interestelares. A diferencia de Kemp no aguardó hasta que fue oficial mayor antes de dimitir del servicio de la Comisión. Corrían rumores de que le pidieron que dimitiera, porque se vio implicado en la colisión del «Beta Scorpii» con un asteroide de sistema planetario rigeliano.

También corría el rumor de que fue elegido como cabeza de turco y que el patrón del «Beta Scorpii», que tenía poderosos amigos en las altas jerarquías de la Comisión, era el responsable del error de criterio que desembocó en el casi naufragio. Sin embargo, Rim Runners, escasos de oficiales crónicamente, no hacía preguntas, y Dudley era tan sereno y de confianza como hombre espacial como cualquiera en el Rim y aun más que la mayoría.

¿Y yo? Yo era sobrecargo del «Rimhound», el chico de la despensa, como me llamaban a veces. Al igual que los otros, había ido vagando, vagando hasta el Rim. Era, hace más años de los que desearía recordar, una vez miembro del Correo Real de Waverly. El Correo Real de Waverly tiene ideas bastante anticuadas acerca de lo que constituye la conducta caballerosa por parte de sus oficiales. (El Reino

de Waverly, claro, es la última fortaleza de las ideas pasadas de moda).

El Correo Real de Waverly no gusta de casos de divorcio en los que las pruebas hayan sido recogidas a bordo de uno de sus navíos. El Correo Real de Waverly, especialmente, no gusta de los sobrecargos que fueron acusados de ser amantes de las mujeres que faltaron a su honor. Así que...

De todas maneras, servíamos juntos a bordo del «Rimhound» durante algunos meses. Teníamos que conocernos mutuamente, aprender mucho acerca de los tiempos pasados de cada cual. Yo había conocido a la esposa de Alan... era el único de los cuatro que estaba casado..., viéndola unas cuantas veces cuando el navío se encontraba en Port Farewell, en Faraway, y cada vez sentía envidia de Alan.

Verónica no entra en la historia como persona, en materia de hecho, aunque su influencia tuvo un gran papel. Verónica era adorable. Era carinthiana, y si ustedes alguna vez han conocido una mujer típica de ese planeta, podrán imaginarse cuál era el aspecto de Verónica. No sé por qué o cómo, pero el género humano de Carinthia parece haber mutado ligeramente, haberse desarrollado a lo largo de las líneas de los gatos siameses. Eso, lo sé, es una tontería biológica, pero es la mejor manera de dar una impresión colorista de las mujeres carinthianas, de su esbeltez, de su gracia. Si les gustan a ustedes los gatos siameses, y a mí y a Alan nos gustan, les gustarán también las mujeres de Carinthia.

Alan conoció a Verónica cuando ella viajaba hacia el Rim, en el viejo «Delta Sextans», de cuyo navío él era primer oficial. Se enamoró de la chica fuertemente. De buena gana Alan hubiese querido construir su hogar en cualquier planeta de la galaxia mientras ella estuviese allí, pero yo me siento inclinado a pensar que se mostró bastante impresionado cuando la chica anunció su firme intención de vivir en Faraway. La Comisión de Transportes Interestelar no

mantiene ninguna cosa parecida a un servicio regular con el Rim, y así, echando por la borda sus años de servicio, Alan les dejó y se alistó con los Rim Runners.

Así que allí estábamos, los cuatro, en el «Rimhound» cuando la nave fue apartada de las líneas de tráfico ordinaria —el recorrido de Lorn, Faraway, Último, Thule y Circuito Oriental— y contratada para formar parte de la Línea Shakespeariana. Resultó una variación. Era meterse hacia el Centro, aunque no muy profundamente. El Sector Shakespeariano no estaba oficialmente considerado como parte del Rim, pero queda tan afuera que los firmamentos nocturnos de sus mundos despliegan sólo unas cuantas y escasas estrellas centelleantes.

Llevábamos una carga completa de maquinaria agrícola de Port Farewell, en Faraway, a Port Fortinbras, en Elsinore. Era nuestra suerte —mala suerte, pensamos al principio— llegar allí a tiempo del principio de la huelga de los descargadores, una disputa industrial que pareció perpetuarse en el tiempo.

Como resultas de este largo período de obligatoria holganza hubo un amplio permiso para disfrutarlo en el planeta. Y hubo, también, tiempo bastante para aquellos de nosotros con esposas y familias que dicen meditar en un medio de vivir que hiciese menos inevitable los largos períodos de separación, que entrelazase el alargamiento ocasional de tales períodos con la tozudez de los comerciantes y los jefes sindicales de los trabajadores de los mundos distantes.

De los cuatro, Alan Kemp era el más pesaroso. No nos sorprendía. Para entonces le conocíamos bien, sabíamos de sus malos humores, comprendíamos incluso que un mes lejos de Verónica era, para él, una especie de breve eternidad. Yo también conocía todo esto. Si hubiese estado casado con ella mis días de viaje espacial habrían terminado, aun cuando el único empleo en tierra que se me ofreciese hubiese sido el de palear basuras en las instalaciones indus-

triales de conversión de desperdicios. Pero Alan era distinto.

Aun así, podían haber habido mundos peores para un atasco que Elsinore. Es una agradable y suficiente montón de tierra. El suelo es principalmente llano, fértil y bien arbolado. No hay temperaturas extremas excepto en los polos y en el ecuador. Carece casi de industrias pesadas. La gente es de una casta estólida y expansiva, que tiende hacia la ridiculez y a la gordura, tanto en los hombres como en las mujeres.

A pesar de su estolidez, o por causa de ella, son jugadores inveterados. Juegan en descubrir una carta, echando al aire una moneda, o a los dados. Apuestan en las carreras de caballos, en las de perros, en las carreras de yuntas representantes de la fauna indígena, bien sean bichos con patas o con alas. Cada ciudad, cada pueblo, incluso posee su casino. Luego, para conseguir tal monedas de desperdicios, de derroches y poder seguir holgazaneando por allá, hay loterías particulares y municipales, y loterías estatales.

Cosa rara, ninguno de nosotros era jugador. Pensando en eso, éramos bastante deficientes en todos los vicios — con excepción del viejo Jim Larsen—, refiriéndonos a vicios principales, llevando, según las normas de los Rim Runners, unas vidas de virtud completamente excepcional. Pero al cabo de unas pocas semanas en Elsinore comenzamos a frecuentar más y más las tabernas dentro y de en torno a Fortinbras. Alan Kemp no formaba parte a menudo del grupo. Sin embargo, casi una vez por semana, declararí­a que tenía que salir del navío antes de dejar que los nervios se apoderasen de él y le dominaran, cosa de lo que, según su afirmación, estaba a punto de suceder, y se nos unía.

Era siempre un bebedor bastante mórbido y le gustaba beber en medios ambientes también mórbidos. Cuando estaba con nosotros invariablemente terminábamos la velada en el Poor Yorick, un establecimiento precisamente famoso por su decoración funeraria. Nos instalábamos en torno a

una mesa en forma de ataúd y bebíamos cerveza en jarros con eran facsímiles de cráneos humanos —incluso tenían la horrible sensación de los huesos secos y viejos—, escuchando la fina selección de marchas funerarias, que era la única música obtenible del tocadiscos del lugar, encastrado en lo que era un monumental panteón. La única luz la proporcionaba únicamente humeantes y cerúleas velas. Las decoraciones florales tenían la forma de coronas funerarias.

La noche que todo comenzó, la noche en que el sueño se hizo realidad, Alan estaba en plena forma. Aquella mañana había habido correo —el «Epsilon Crucis», de la Comisión, procedente del Rim— y nos llevaron cartas para nuestro primer oficial. El resultado inevitable fue que se sintió malhumorado y preocupado.

—El espacio —anunció, casi por quinta vez aquella noche— no es vida para un hombre civilizado.

—Tú —le dije— no eres un hombre civilizado. Sabes condenadamente bien que nunca podrás quedarte definitivamente en tierra. Los navíos son tu vida.

—Eso podía haber sido cierto —contestó— antes de que conociera a Verónica. Ahora ya no lo es.

—¿Entonces por qué no nos abandonas de una vez? —preguntó Jim Larsen.

—Dame un empleo tan bien pagado como éste y lo haré —fue la respuesta de Alan.

—No lo harías —le dije—. Estás demasiado encariñado en ser un pez gordo en una charca pequeña. Has sido oficial mayor durante mucho tiempo, demasiado, primero en los navíos de la Comisión, luego con los Rim Runners. Y piensas que podías seguir adelante y convertirte en patrón.

—Está bien —dijo—. Quizá sí. Pero hay sólo un modo de ser verdaderamente feliz como patrón, y ese es el de ser al mismo tiempo propietario —sorbió su cerveza pensativo—. Un navío pequeño podía ser encajado en el Circuito Occidental sin molestar a nuestros venerados jefes, es decir,

sin perjudicar demasiado su bolsa. Un servicio de ida y vuelta, digamos, entre Mellise y Grollor.

—Hasta los barcos pequeños cuestan dinero grande — señaló sombrío Dudley Hill.

El viejo Jim se carcajeó.

—Así es el mundo. ¿Qué hay de las loterías? Si no juegas, no se puede ganar.

—Lo malo es —les dije— que no se puede sacar el dinero de Elsinore. Restricciones y reglamentos sobre las divisas y toda la pesca.

—Tu observación es puramente académica —intervino Alan—. Seguro que ahora ya sabrás que hay siempre alguien que no somos nosotros que gana premios en las loterías. Te lo demostraré —hizo un gesto al camarero, un individuo cadavérico vestido de negro—. ¿Verdad que ustedes venden billetes de lotería aquí?

—Pues, sí, señor. ¿De Tattersall? ¿Elsinore State? ¿Fortnbras Municipal?

—¿Cuál se sortea primero?

—Tattersall, señor.

—Entonces dame un billete. Un billete que no salga premiado.

El hombre sonrió.

—Aquí tiene, señor, el billete de la suerte.

—Oh, no. Si lo compro yo, posiblemente no puede salir.

—Como usted diga, señor. Vale dos dólares.

—Estoy dispuesto a pagar para demostrar mi punto de vista —dijo Alan sombrío.

Dos días después se enteró de que había ganado cien mil dólares de Elsinore.

Alan Kemp, como muchos otros en tales circunstancias, había presumido suavemente que todas sus preocupaciones terminarían cuando ganase el premio gordo. Como tantos

otros no tardó en descubrir que sus preocupaciones acababan sólo de empezar.

—Hasta este momento —gruñó— siempre pensé que la falta de dinero era mi mayor problema. Ahora no estoy tan seguro.

—Sal de esas —le dije. Miré la solidofoto de Verónica que se alzaba en su escritorio, la figurita en el cubo transparente de plástico que parecía casi viva, que contenía en miniatura toda la gracia adorable de ella—. No vengas con esas, Alan. Tienes una esposa guapa y una fortuna noble. ¿Qué diablos quieres más?

—Ella —me contestó paciente— está en Faraway. La fortuna se encuentra aquí, en Elsinore.

—Creo que hay una clase de vehículos que llevan pasajeros. No veo el motivo por qué vosotros dos no os instaláis en Elsinore. Podríais emprender algún negocio.

—Ya pensé en eso. Pero sólo hay una clase de negocios en los que alguna vez soñamos nosotros en meternos.

—¿Te refieres a lo que hablábamos la otra noche? ¿Propietario y patrón?

—Sí. Como decía, un barquito pequeño con una tripulación mínima, pagada con reparto de beneficios. Yo como patrón y Verónica como oficial de alimentación... ya sabes que es una cocinera de primera. Otra gente ha logrado triunfar en eso, en estas mismas líneas. Y ahora, cuando por fin tenemos algún capital que invertir, no hay modo de sacarlo de este condenado planeta —se echó un poco más de ginebra en nuestros vasos—. ¿Estás seguro de que no hay manera, George?

—Completamente seguro —contesté—. He pasado todo el día explorando cada camino en tu favor, sin dejarme pasar por alto nada. Empecé en la oficina del agente, luego hice la ronda por todos los bancos de Fortinbras. Hay sólo un modo de sacar el dinero de Elsinore, y es comprando cosas para exportar a los mundos del Rim. Y tú no tienes ni la menor infernal esperanza de conseguirlo, por lo menos

hasta dentro de un par de años. Todo el tonelaje asequible está contratado con tanta anticipación.

—Siempre hay algún raro navegante vagabundo de la clase «Epsilon» que toma tierra —sugirió, no con mucha esperanza.

—¿Y supongamos que viene uno? ¿Qué posibilidad crees que tendrás enfrentándose a los exportadores locales, todos clamando por el espacio para cargas?

—Podría contratar a un agente.

—Y él pronto te liberaría buena parte de tus cien mil. En serio, Alan, ¿por qué Verónica y tú no os instaláis en Elsino-re?

Volvió a llenar nuestros vasos, luego hizo lo mismo y encendió su absurda pipa. Dijo:

—Ya pensé en eso. Y me mostraría muy feliz, puesto que considero mi hogar allá donde se encuentre Verónica. Pero estoy segurísimo de que ella jamás consentiría. Ya sabes, tan bien como yo, que hay dos clases de personas que salen hasta el Rim... aunque supongo que la mayor parte de nosotros somos de una especie híbrida, perteneciendo a ambas clases. Hay aquellas que salen para ganarse la vida, que piensan que aquí hay mejores oportunidades de progreso, en los mundos del Rim, que en los planetas densamente poblados del Centro. Luego están aquellos que salen por razones psicológicas, que huyen de algo, que se marchan lo más lejos posible.

—Jamás pensé que Verónica entrara dentro de esta categoría.

—Pues sí, entra. La conocí, como sabes, cuando viajaba en el viejo «Delta Sextans» desde Carinthia al planeta de Van Diemen. Ella arribó su pasaje para Faraway incluso entonces... Comisión de Transportes Interestelares, Líneas Shakesperianas, Rim Runners, lo ordinario. Cuando empezamos a conocernos ella me contó algo de su vida, lo bastante para que yo pudiera llenar los detalles.

»Verónica y algún hombre, cierto hombre, habían contribuido a estropear sus propias vidas, tanto que la chica decidió comenzar de nuevo, salir de allí, alejarse lo más posible. La encontré de rebote, supongo. O ella me encontró a mí. Y por eso es por lo que dimití del servicio de la Comisión, para empezar de nuevo en estas enmohecidas latas interestelares.

—¿Y ella no querrá marcharse del Rim?

—No. Poco después de que saliese yo por primera vez, se me ofreció el puesto de mando en la Línea Shakespeariana. Tuve que rechazarlo, aun cuando entonces era un simple tercer oficial con los Rim Runners. Ella veía hasta el Rim y en el Rim se quedará. Conmigo o sola.

—No tenía la menor idea —dije, no con toda sinceridad.

—Cuando se llega a las separaciones internas, o a los malos funcionamientos de un matrimonio —me confesó—, los extraños apenas se dan cuenta.

—Supongo que así es.

—¿Un poco más de ginebra?

—No, gracias. Estoy bebiendo demasiado, como para sacarte de tus casillas. Lo malo es que te obligo a hacerlo a ti también...

Me sonrió con tristeza.

—Puedo permitirme el lujo.

—Entonces, bueno. Pero ponme poquito.

Lo vi ponerse rígido súbitamente mientras servía las bebidas, el rostro repentinamente alerta. Le pregunté qué era lo que ocurría, y luego oí, débiles, las notas quejumbrosas, apagadas por el aislamiento de nuestro casco, de la sirena de alarma del espacio puerto.

Alan dejó con fuerza sobre la mesa la botella, se puso en pie de un salto y salió corriendo al puente. Le seguí, le vi trepar por la breve escalera que va del apartamento de los oficiales a la sala de control. Le llamé, preguntándole qué sucedía. Me respondió lacónico que no lo sabía.

(Pensó, como yo, según me dijo más tarde, que había alguna especie de alboroto civil alzándose por causa de la huelga, que el espacio puerto sufría el ataque de una turba).

Me sentí sorprendido y aliviado al descubrir, cuando me volví a Alan en los grandes ventanales, que todo estaba tranquilo en apariencia, que la amplia zona de chamuscado cemento aparecía desierta, que no había actividad extraordinaria en ella y en torno a las puertas enrejadas del espacio puerto.